



IV Congreso Nacional de Semiótica

Entre lo visible y lo enunciable

Entre los días 20 y 23 de Setiembre de 1995 se llevó a cabo en la Ciudad Universitaria de Córdoba el IV Congreso Nacional de Semiótica, bajo el lema "Discursividades: entre lo visible y lo enunciable", organizado por la Universidad Nacional de Córdoba (Maestría en Sociosemiótica del Centro de Estudios Avanzados, Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía y Humanidades y Escuela de Ciencias de la Información) y la Asociación Argentina de Semiótica.

El encuentro convocó a unos setecientos investigadores en ciencias sociales y humanas del ámbito nacional e internacional. Casi cuatrocientas ponencias dieron cuenta de las siete áreas temáticas previstas: Discursividades: entre lo visible y lo enunciable; Construcciones, ficciones y representaciones en el discurso histórico; Cultura mediática: hegemonías, cruces e interferencias; Lo público, lo privado y lo íntimo en la configuración de identidades; Políticas del discurso y discurso político; Continuidades y discontinuidades en el imaginario urbano; Estética y transformaciones culturales.

Los trabajos que se reproducen en este número de *Estudios* (otros tantos aparecerán en el próximo) son apenas una muestra del notable material presentado y no configura una selección que prejuzgue sobre la calidad de los no incluidos.

En el número 7 de *Estudios* se publicarán, además de la conferencia de Nicolás Rosa, Presidente del Congreso, las ponencias de Silvia Delfino, Alejandro Rússovich, María Cristina Mata y Héctor Schmucler.

# Marcas biográficas en la memoria colectiva

Leonor Arfuch

Leonor Arfuch es profesora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

ESTUDIOS • Nº 6  
Junio 1995 - Junio 1996  
Centro de Estudios Avanzados de la  
Universidad Nacional de Córdoba

Quisiera plantear aquí, en los cruces y límites cambiantes de lo público, lo privado y lo íntimo, la posibilidad de pensar, bajo el signo de la interrogación, la configuración de identidades en el espacio de la memoria: espacio biográfico, político, cultural, social. *Lugares de memoria*, según la expresión de Pierre Nora, pero que no remiten solamente a los sitios canónicos (monumentos, efemérides, museos, cementerios) sino también a tramas mínimas, persistencias cotidianas, puntuaciones que irrumpen, sorpresivamente, en el horizonte de la actualidad.

Vivimos sin duda una época de inflación de la memoria: obsesión retrospectiva del fin de siglo, moda de la nostalgia, reblandecimiento periodístico de distinto tenor. Nada parece quedar fuera de la onda conmemorativa, que en este año encontró, en el medio siglo del fin de la guerra, su tema mayor: Auschwitz, Hiroshima. Incluidos en el escenario global, hemos tenido además nuestras propias vueltas de la memoria: retornos impensados del pasado reciente, pugnas contra el afán prescriptivo que impulsa la actual "modernización".

También hay una especie de reviviscencia proustiana en la vida académica: coloquios, publicaciones, tematizaciones, reconceptualización de viejas nociones, como la de *memoria colectiva*, ensayos de distinción (memorias vanas, activas, conmemorativas, memorias oficiales, grupales, generacionales), revalorización de los relatos biográficos y testimoniales, no sólo desde perspectivas históricas ya canónicas (historia oral, micro-historia, historia de las mujeres, etc.) sino también desde espacios multidisciplinares, que articulan enfoques antropológicos, etnográficos, semióticos, narrativos.

Podrían postularse diferencias entre memorias míticas, de tiempos heroicos, de epopeyas nacionales, memorias fácticas, culturales, familiares. Empeño que tropieza con la dificultad de

los límites, las discontinuidades entre las biografías singulares y ese dominio-otro de apropiación de un pasado, que suele aludirse como memoria colectiva. Noción esquivada, que el intento pionero de Maurice Halbwachs esbozara como un anclaje vívido, experiencial: una afección, una emoción que toca a lo identitario. Memoria que, según Régine Robin, trabaja caprichosamente, yuxtaponiendo la agudeza del detalle cotidiano con el vacío en torno de acontecimientos precisos, oscilando entre el silencio, la amnesia, la reconstitución imaginaria y el fragmento intensamente revivido.

¿Hay una apuesta común al ejercicio diverso de la rememoración? Podría hipotetizarse que no solamente la captura de lo vivencial, la inscripción obsesiva por salvar de la muerte (del olvido) en contrapunto con la utopía borgeana, sino más bien la pregnancia del pasado en el presente, su fuerza configurativa, su carácter *proyectivo*. La posibilidad de detención, de visualización de una unidad utópica, de un orden, aun efímero. Todo trazado de la memoria –*todo relato*– supone entonces una puesta en sentido, el despliegue de la identidad en una temporalidad múltiple, disyuntiva.

La memoria, cualquiera sea su taxonomía, está siempre sujeta a la tensión de su figura especular, a su otro dialéctico y sombrío: el olvido. Reparto de sentidos donde la posibilidad de recordar aparece como un bien en sí mismo, como un triunfo virtual sobre las trampas del deseo (ese misterio que acecha hasta la conversación cotidiana, que escamotea para luego revelarse en una aparición súbita). Es que el olvido, en la hipótesis freudiana, no es sinónimo de desaparición, sólo una ausencia reversible, que siempre deja huella de su paso. Sin embargo, existe también lo que ha dado en llamarse “usos del olvido”: mentiras históricas, encubrimientos, y aun renuncia a fragmentos del pasado por necesidad de supervivencia, por exorcismo, por vergüenza ante el peso de la rememoración. Olvidos de la historia oficial y otros, que los historiadores comparten con la sociedad, a los que se agrega, según Marc Ferro, un tercer tipo, el olvido estético o científico, donde la creación es sometida a la armonía antes que a la exactitud. Registro del olvido, más relevante quizá que el de la memoria, tanto en la clave histórica y política como en la trama de la subjetividad.

Los relatos del holocausto y de la cotidianeidad del nazismo son al respecto el ejemplo clásico y actual. El paso de los años, y también el derrumbe de fronteras, lejos de traer un aquietamiento de la memoria, fue liberando zonas que la condena moral unánime había silenciado: el carácter masivo de la participación, el engranaje perfecto y rutinario de la muerte, el *saber* del pueblo alemán sobre el acontecimiento. El registro épico, documental, fue cediendo terreno a una inquietud biográfica, de inscripción de nombres, protagonistas, historias singulares, de grupo, de familia, tanto en el plano ficcional como testimonial. Nuevas narrativas de la historia, que producen cambios significativos en la percepción colectiva.

Este trabajo de lo biográfico es, por otra parte, un signo de la época, que va más allá de lo histórico o lo antropológico en sentido estricto, para amplificarse al infinito en los procedimientos de la mediatización contemporánea: la insistencia en lo particular, lo anecdótico, lo insólito, las historias de vida, la primacía de lo testimonial, el “yo”

que instaura una regla de veridicción incontestable, sobre todo bajo el ojo de la cámara. Fenómeno donde algunos leen el triunfo de un individualismo creciente, frente a las decepciones de la política, al vacío existencial que ha dejado el desvanecimiento de las utopías. Pero que también podría pensarse en relación con la exacerbación de la buena conciencia, con esa especie de nuevo paternalismo de las diferencias que no se cansa de proclamar la necesidad (de preferencia, discursiva) del reconocimiento del otro.

Del llamado “periodismo de investigación”, cuya neurosis testimonial no tiene límites, a la televisión real, que tampoco renuncia a ella, la exteriorización voyeurística de la experiencia nos acosa a cada paso. Prácticas de receptores en las que también el cine y el video documental dejan su marca, y que en cualquier momento podemos invertir, yendo, cámara en mano, a la captura de nuestra propia historia. Pasaje del álbum de familia a la restauración del cuerpo en movimiento. Lo que ya la fotografía traía de inquietante en su origen y de lo cual ha tratado de librarse durante todo el siglo –ser el soporte de la identidad, lo inequívoco– sigue alentando –pese al simulacro, y a los trucos sin fin de la imagen– en las pantallas. En esta multiplicidad de usos, en esta visualidad, donde las redes informáticas inscriben un capítulo aparte, podrían postularse nuevos cronotopos de la memoria, para usar la célebre noción bajtiniana, hacia el fin del siglo.

La entrevista biográfico-testimonial cercana a la confesión –en un arco que va de lo científico a lo artístico–, es uno de ellos. En extraña simultaneidad con las apariciones de Scilingo y Gorriarán Merlo, se exhibieron, en un ciclo de cine alemán sobre la memoria de la guerra, dos variantes formales de este procedimiento. En uno de los films, la entrevistada era Leni Riefensthal, la cineasta preferida de Hitler, en el otro, Norbert Schultze, el músico autor de ese himno-símbolo del “ser alemán” que fue “Lili Marlene”. En ambos casos lo biográfico está anclado al entusiasmo de la creación, que parece poner entre paréntesis la guerra misma: la pasión estética de la cineasta encuentra su equivalente en el fervor del músico que vuelve a cantar sus propias melodías. Curiosa síntesis, que permite leer, en la naturalidad de un relato a distancia del arrepentimiento, la pre-visión audiovisual del nazismo, su cálculo perfecto sobre la permeabilidad mediática y aquello que se considera como una divergencia incomprensible: la sensibilidad “cultivada” de los autores de la “solución final”.

Desde otro cronotopo, en lejanía estética y política, la confesión de Scilingo, irrupción paradigmática en más de un sentido, trajo a la arena pública no solamente un recuerdo candente del horror, de la “solución final” en tierra propia, no sólo una evidencia descarnada de esa impunidad de crímenes ya juzgados que es el mayor abismo cívico y político de esta democracia, sino también una pregunta sobre la memoria –sobre *nuestra memoria colectiva*–, que no se salda en la *duplicidad* etimológica de su contrario, la amnistía. Lo acallado vuelve –como presencia sólo temporariamente oscurecida– en su modo habitual, es decir, inesperado, marcado esta vez por la afección particular de una culpa, pero trazando el espacio preciso para la apropiación común: un nuevo terreno de combate por el sentido de los hechos, por un relato de la histo-

ria demasiado cruenta e inmediata, que tiene pretendientes revisionistas sin haber llegado a ser todavía “oficial”, y donde sólo hay posiciones inconciliables.

En esta pugna, la gestión mediática del pasado reciente está lejos de ser irrelevante. Una hipotética equidistancia, que otorgaría a “todos” igual medida de palabra pública nos enfrentó a la reverberación de los dichos de Scilingo: un desfile siniestro de rostros en pantalla que han escapado al veredicto de su culpabilidad pero sin perder el derecho a la visibilidad democrática. En el negocio habitual de la nostalgia, resurgió en la ocasión una memoria urbana de los '70, impuesta con la naturalidad de las imágenes documentales: ciudades-otras, atravesadas por bombas y explosiones, de esquinas casi irreconocibles, barricadas, donde apenas se insinuaba la otra cara, la de una tierra bajo ocupación. Pero también están las marcas biográficas del no-olvido –nombres, rostros, fechas– que no resignan sus espacios de inscripción.

Los avatares de la confesión actualizaron la pregunta, quizá ya formulable en los comienzos de la democracia, sobre las formas de la memoria: ¿acaso sólo se trata de no olvidar? Porque hay memorias múltiples que disputan tanto el lugar de la verdad como el de la hegemonía, no menos que el olvido. Y por otra parte, ¿qué es la memoria, por más testifical que se pretenda, sino una inscripción ficcional?

Y quizá también este acontecimiento, que a diez años del Juicio a las Juntas reaviva dolorosamente la asociación punto final-indulto-amparado, permita ampliar la indagación a otros olvidos, que vienen de la mano del afán “modernizador”: el borramiento de la memoria del estado en las privatizaciones, que arrastra consigo el imaginario de la nación, exorcismo de los relatos fundadores: todo pasado fue peor. Desde una pretensión de presente absoluto, donde el cálculo económico eclipsa toda argumentación, también hay un olvido del futuro como lugar utópico de la política: su registro sólo entra en el calendario de las obras públicas (es decir, de los negocios privados) o en la astrología electoral.

Tanto desapego contrasta quizá con esa caza obsesiva del olvido que puede observarse en algunos países del primer mundo: a cada cual su panteón, su placa, su monumento, su secreto compulsivamente revelado. El gigantismo creciente de museos y bibliotecas, la grandiosidad de las efemérides, las megamemorias informáticas. Tampoco se permite el olvido de las prácticas de la guerra próximas o lejanas y hasta se cuida que explote la misma bomba para conmemorar la de Hiroshima, inaugurando así una nueva memoria: la del juego atómico vía Internet.

Entre la espectacularidad conmemorativa y la pretensión de clausura de un pasado, el trabajo de la memoria (individual o colectiva) es arduo, cotidiano. Trabajo siempre amenazado por el desfallecimiento narrativo, la pugna de interpretaciones, el momento amnésico, el vacío. Los acontecimientos de este siglo hicieron de la memoria “la reina de las facultades”, para tomar la expresión de Baudelaire: ante la imposibilidad de comprender, nunca fue tan necesario no olvidar. Desde los interrogantes sobre nuestra propia memoria colectiva, sobre nuestras marcas de identidad, ejercitemos esa rebeldía del no-olvido. ■